



CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

Marcela Croce

Universidad de Buenos Aires

marcela.croce@gmail.com

Presentación. Una galería de lectores pertinaces. Un entramado de historias de lectura. Setenta años de crítica literaria argentina (1950–2020)

Presentation. A Gallery of Stubborn Readers. A Weaving of Reading Stories 70 years of Argentine Literary Criticism (1950-2020)

Una versión oral atribuye al diálogo entre Enrique Pezzoni y Jorge Luis Borges el origen de un juicio categórico sobre la crítica literaria argentina cuya trascendencia radica en la eficacia del humor. Mientras coincidían como jurados de un concurso de cuentos, Pezzoni le leyó el título de uno de los volúmenes, propuesto por Alberto Laiseca: *Matando enanos a garrotazos*. Borges reaccionó de inmediato con el previsible chispazo lúcido: “¿Es una historia de la crítica literaria argentina?”. La ironía desestabilizaba por igual la literatura y la crítica; la primera se volvía insignificante y la segunda inclemente al esparcir una sanción desmedida para el acto perpetrado.

Se sabe que la mordacidad busca anuencia en la risa, no en la argumentación. La frase borgeana abusa de un efectismo que desbarata aquello que aquí se procura afirmar: el escrutinio equilibrado sobre la crítica literaria argentina desde mediados del siglo XX, que constituyó la convocatoria a la reunión desarrollada a fines de noviembre de 2022 en el Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina (INDEAL-UBA). Hacerlo en ese momento, en una Argentina que sin ser particularmente acogedora hoy resulta lastimosamente lejana, tenía la voluntad de no finalizar el año sin homenajear a Jorge Lafforgue, fallecido en enero de 2022. Convocar a quienes componen este dossier (y a otros que no pudieron estar y que completaban el plan general del encuentro) era invitarlos no solamente a participar de una actividad intelectual sino revisar en compañía las lecturas, los maestros y los recuerdos.

Sin duda existen criterios de ordenamiento más rigurosos que el azar del nacimiento de cada una de las figuras contempladas en el conjunto; no obstante, la sucesión cronológica que se asignó a los artículos elude las inevitables arbitrariedades de otras acomodaciones. Optar por la labor pedagógica de buena parte de los objetos de indagación hubiera dejado en un aislamiento injustificado a aquellos que no transitaron la docencia, aunque revistan con frecuencia en las bibliografías de los programas de estudio; a trueque de este recaudo persiste una excepción en la temporalidad del índice: la de Susana Zanetti, que epocalmente debería insertarse entre Masotta y Lafforgue pero cuya labor más editorial y profesoral la afilia a quienes se reconocen como formadores de discípulos antes que como autores. Faltan, por supuesto, nombres que han devenido epónimos en el ámbito de la crítica, no porque hayan sido soslayados en el punto de partida (David Viñas, Nicolás Rosa, Adolfo Prieto) sino porque quienes se ocuparon de ellos prefirieron mantener sus intervenciones en el plano de la oralidad del encuentro.

Graciela Montaldo era la indicada para acometer “Crítica y poder en Argentina: la carrera de obstáculos de Anita Barrenechea”. Su paso como becaria por el Instituto de Filología Hispánica de la UBA garantizaba la experiencia sensible ideal para abordar a la directora, quien solía elogiar a esa joven que



desafiaba inclemencias del tiempo (y del edificio de la calle 25 de Mayo) en una sala con la ventana rota, sin abandonar la lectura ni declinar su investigación. El tono que escogió Montaldo se inscribe en tal serie de proximidad afectiva, en la que llega a recordar que Anita usaba el “tú” en la conversación cotidiana y exhibía un acento español de difícil localización. La cuerda emotiva envuelve el texto; así, finaliza con la evocación afectuosa que inició en la anécdota en la cual *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*, tesis doctoral y libro de estreno de Barrenechea, ingresa en una muestra y en el catálogo correlativo por obra de una traducción que destacaba el trabajo estilístico de la crítica en un título esquemático pero comercialmente eficaz: *Borges. The Labyrinth Maker*.

La anécdota, como enseñaba Nicolás Rosa, reviste valor pedagógico; en este caso se articula naturalmente con la designación del texto que encara la carrera académica en tanto carrera de obstáculos. No es ocioso preguntarse cuánta similitud tiene la trayectoria de la autora con la de su objeto: mujeres, argentinas, instaladas en *las entrañas del monstruo* para culminar su itinerario en uno de los brotes más rutilantes de la *Ivy League* como es la Universidad de Columbia. La propia Montaldo habilita el parangón cuando repasa rápidamente las escalas del periplo de Barrenechea y concluye: “Esta descripción parece la de una investigadora de principios del siglo XXI y, sin embargo, fue una carrera desarrollada en la segunda mitad del siglo XX”. La diferencia de época entre ambas determina que lo que en Montaldo es la norma en Barrenechea resulte una rareza que urge desentrañar.

La filología en que se formó Barrenechea –sucesivamente actualizada en su ejercicio: primero en la estilística que define el libro sobre Borges, luego en la crítica genética que apuntala la edición de la correspondencia de Sarmiento y Félix Frías y los estudios finales sobre el archivo– tuvo un *revival* en lo que corre de esta centuria. En cambio, la fenomenología y el existencialismo en los que inició su trabajo intelectual Oscar Masotta han quedado arrumbados, tal vez definitivamente, en un campo crítico que los desdeña a manera de antiguallas y recela de exigencias como el “compromiso” y el empeño por “encarnar” las ideas. En “Oscar Masotta,

un arltiano que se cree sartreano”, Marcela Croce cumple labor de arqueología intelectual para asomarse a la producción de un ensayista a quien se reclama desde diversas disciplinas y capillas –aunque apenas forzosamente, y sin más justificativo que los fines pedagógicos, se pueda troquelar su carrera y escindir los dominios que lo ocuparon–. La crítica literaria en los años 50 y hasta mediados de los 60, la fascinación por la crítica de arte y los medios de comunicación en los diez años siguientes y la dedicación final al psicoanálisis no componen compartimentos estancos sino predominios relativos de intereses que se van superponiendo y alcanzan condensación en el libro *Conciencia y estructura* (1968). Semejante título ha sido elevado a consigna y leído como disyuntiva (la tradición argentina registra esa tendencia malsana, desde *Civilización y barbarie*); el propósito de Croce es desacomodar tan orondos abroquelamientos.

Los nombres que baraja el artículo, tanto como los que se alinean en la bibliografía, son huella de la escasa ductilidad de Masotta para ser estudiado con la biblioteca contemporánea de la crítica y la terminología derivada de las agendas actuales. Sartre, Merleau-Ponty, Bataille, Leiris, Blanchot, Goldmann entre los franceses (con una prescindencia de Bourdieu y Foucault que parece escandalosa); *Contorno*, *Centro*, *Hoy en la cultura* del lado de las revistas; el *Di Tella* y los campos freudiano y lacaniano entre las instituciones. Ni siquiera las ediciones de Masotta ya entrado el siglo XXI (en editoriales como *Eterna Cadencia* y *Mansalva*) alcanzan a rescatarlo en una época que le otorga la remota categoría de “precursor”. Su elección de la figura de Roberto Arlt es desencadenante del artículo que la establece como “la estrategia más eficaz para evitar una colonización lineal y ponerse a la altura de las teorías promulgadas con gesto episcopal; ser arltiano fue simultáneamente un modo de implantar y sosegar el avasallamiento sartreano y de corregir la *hamartía* o error trágico de haber despreciado a Borges en que incurrió la generación contornista, para la cual la literatura argentina se resumía en esos dos nombres elevados a símbolos”.

Si el perfil de Masotta resulta extraño en una contemporaneidad signada por el mandato de la especialización y cuyo ejercicio de la interdisciplinariedad se



solaza antes en la referencia puntual que en el dominio de otros espacios de saber, algo similar ocurre con Jorge Lafforgue, en quien confluyen tareas que hoy difícilmente coincidan en una única persona: editor, crítico, periodista, docente. Sylvia Saítta recompone estos roles simultáneos en “Jorge Lafforgue, entre la crítica y la edición” y recupera el rol que le correspondió en la edición de los dos volúmenes de *Nueva novela latinoamericana* (además de revelar que hubo un tercero que nunca salió), en Ediciones Culturales Argentinas donde se desempeñó junto con Oscar Masotta, en la revista *Siete Días* –en una época en que la reseña albergaba veleidades de crítica y no se reducía a puro epigonalismo de prensa– y en sellos como Legasa, Losada y Alianza.

Pese al afán de mantenerse en posición lateral y hasta desdibujada (la foto de la entrevista a Borges en su cumpleaños número 76 es sobradamente ilustrativa de tal tendencia), Lafforgue fue preso en su etapa de director de la revista *Centro* por un episodio que Saítta restituye con un detalle que elude el carácter puramente chismográfico con que se lo suele referir. No es el único impacto de cuestiones ajenas a la literatura en su trayectoria, en la que aún resta conocer una *Autobiografía apócrifa* que promete complementar el recorrido trazado en *Cartografía personal* y afianzar los espacios aparentemente ancilares de la función crítica ocupados por la recensión, la entrevista y la edición.

Como el texto de Saítta, el trabajo de Analía Gerbaudo se inscribe en el orden de la exhumación, solo que antes que a prácticas editoriales y revisteriles (al contrario: subraya el encono de su objeto hacia la crítica periodística, de la que lógicamente excluye el emprendimiento heterodoxo que fue *Literal*) se dedica a la documentación de cursos docentes. “Más de una forma de agencia: las clases de Josefina Ludmer en la ‘universidad montonera’ (Argentina, 1973-1974)” es un capítulo de la tarea monumental que Gerbaudo se autoasignó y de la que da cuenta el volumen reciente *Tanto con tan poco* (2024), resultado de una investigación de años, en la que sobresalen dos datos: la capacidad de formar y conducir un equipo –en una Latinoamérica tan necesitada de grupos intelectuales para desarrollar tareas

que apenas episódicamente suspenden la condición de “pendientes”– y la voluntad de exhumar que equivale, etimológicamente, a arrebatarse al polvo. Las huellas teóricas de Judith Butler (desde la elección del título del artículo) y de Gisèle Sapiro (que actualiza y completa los libros ya clásicos de Pierre Bourdieu a los que acude el texto) acompañan la labor exhumatoria de las clases dictadas por Ludmer en Literatura Iberoamericana o Latinoamericana, según las épocas, en la cátedra cuyo titular en la UBA era Noé Jitrik.

“Más de una forma de agencia...” compone una dialéctica entre el trabajo pedagógico, la labor crítica y el contexto en el que se desarrollan las “acciones”, cuando cierto sector de la universidad se pronunciaba contra el giro derechista del gobierno de Isabel Perón. Al ejercicio didáctico le conviene una entonación exhortativa que habilita a Gerbaudo a pautar el artículo. La bibliografía de los programas de estudio repone ese aire de época en que el nombre de Sartre confluye con los de Lukács y Mao. En el orden local, los favoritos son Viñas, Masotta, Adolfo Prieto y Piglia. En el plano de la carrera crítica, la currícula comprende autores que Ludmer transita o transitará en sus libros: el programa sobre literatura uruguaya resulta el impulso para la escritura de *Onetti: los procesos de construcción del relato* (1977); la presencia de *Los tres gauchos orientales* de Antonio Lussich es inescindible del empeño que se plasma en *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* (1988); la rareza de *Irresponsable* de Manuel Podestá (cuya condición literaria es cuestionada en los 70) retorna en *El cuerpo del delito. Un manual* (1999), libro pensado para los estudiantes norteamericanos durante el período que Ludmer transcurre en la Universidad de Yale, previo a su jubilación y el retorno definitivo a la Argentina. Y, por supuesto, el acercamiento a Sor Juana Inés de la Cruz que derivó en un texto de merecida fama tanto por la inmersión en el feminismo como por su título (“Las tretas del débil”) e incluso el de la compilación en que se insertó (*La sartén por el mango*).

Como Ludmer, con quien en esos años formaba pareja, también Ricardo Piglia *daba al mismo tiempo para dos rivales*, pero en lugar de tratarse de la relación entre crítica y docencia, en la obra de Piglia se perfila la trabazón de la

crítica con la ficción. En los sesenta y la primera mitad de los setenta, cuando intervenía en revistas como *Los Libros* –cuya última etapa estuvo marcada por la militancia maoísta de sus directores: Piglia junto a Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano–, el autor de *Prisión perpetua* desgranaba su interés por la sociología de la literatura y frecuentaba una biblioteca que Ana Gallego Cuiñas desempolva en “Ricardo Piglia: crítica y sociedad”: los casi olvidados Robert Escarpit y Lucien Goldmann, el gran iniciador que fue Arnold Hauser, el teórico ineludible que se reconoce en György Lukács, la centralidad epocal de Louis Althusser. La transición de *Los Libros* a *Punto de vista* repercute en los volúmenes que recogen en esos decenios inquietudes similares, desde *Sociología de la creación literaria* a *Literatura y sociedad* de Sarlo y Altamirano; la “serie social” se imprime en Piglia desde Tinianov y Brecht, e impacta plenamente en la narrativa de *Respiración artificial*, donde la sucesión de tío a sobrino es eje del relato.

El artículo de Gallego Cuiñas atiende tres aspectos de la obra pigliana que, aunque reiteradamente (como acontece con Masotta) se superponen, la autora prefiere consignar desde un cartabón temporal que las sitúa en tanto etapas. En esa segmentación debatible, a la voluntad de formular una crítica sociológica le siguen la identificación de la ideología y lo social en la ficción para rematar en políticas de la crítica que hacen de Piglia una figura externa a la academia durante buena parte de su trayectoria, hasta que en los 90 dicta un seminario mítico –*Las tres vanguardias*, hoy devenido libro– en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, para emprender luego “el camino de ida” que lo lleva a Princeton.

También el texto dedicado a Beatriz Sarlo, cuyo título se resuelve en la pura desnudez del apellido –ya liberado del protoaristocrático “Sarlo Sabajanes” con que firmaba en *Los libros* y que estampó en la portada de su volumen inaugural– comienza con la experiencia docente. Martín Kohan recuerda una mesa examinadora en que, frente al *élan* neoliberal que exhibía un alumno versado en la ficcionalización a ultranza, la profesora suspendió la concentración que dedicaba a los estudiantes (señal de un respeto que cabe destacar por su relativa infrecuencia

en una institución de egos recalcitrantes) para inquirir si “de veras” el joven pensaba que todo era ficción. No se trataba de un llamado a la moderación sino de una convocatoria a la honestidad, apabullada por la *moda*. A partir de esa circunstancia, Kohan muestra que Sarlo no solamente ha desconfiado de las doxas impuestas sino que, saturada por el predominio de tales pretensiones, se tornó renovadora al instalar nueva bibliografía: así logró reemplazar el estructuralismo y sus coletazos (sin abjurar de Roland Barthes, cuyo favoritismo ha proclamado reiteradamente) por los estudios culturales en la vertiente de Raymond Williams, y fomentar la atención a la ciudad a través de autores como Marshall Berman y Carl Schorske que integran la “biblioteca mental” que acude en *Buenos Aires 1920 y 1930. Una modernidad periférica*.

Otra anécdota –y no es extraño que tal forma haya dado el tono a esta conjunción de críticos que hablan de otros críticos, quienes escogen esa variante experiencial de la cita a manera de credencial precaria, al tiempo que selecta– introduce el vínculo de Sarlo con el canon. Como titular de Literatura Argentina II (siglo XX) en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, se le adjudicó la imposición de un canon personal que eludía a figuras de éxito mercantil como Osvaldo Soriano, sobre quien se fraguó una versión que Kohan repudia con frase borgeana: “La historia era increíble, en efecto, pero se impuso, no a todos, pero sí a unos cuantos”. Lector empecinado de los contextos de producción, el crítico desconfía de los contextos editoriales como justificación de juicios categóricos, y por eso rescata las intervenciones de Sarlo en un semanario pasatista en el que simultáneamente fungía como columnista una modelo de pasarela (“intervención” es palabra de orden en el artículo, en tanto definición de la práctica intelectual de su objeto, que tras su paso por la prensa liviana recoge las columnas en libros que no desmerecen frente a trabajos de investigación como *El imperio de los sentimientos* o a evaluaciones políticas como *La pasión y la excepción*).

A diferencia de Ludmer, que podría caracterizarse a partir del texto de Gerbaudo como una crítica que enseña, Panesi opta por definirse como “un profesor que escribe”. Sobre esta figura Annick Louis diseña “Jorge Panesi, la crítica entre

la oralidad de la enseñanza y la escritura ensayística”, que recupera el trabajo docente cumplido por Panesi en colegios secundarios y en la Universidad del Salvador durante los años de dictadura en la Argentina, para pasar luego a la Universidad de Buenos Aires, primero al lado de Enrique Pezzoni (organizador de la carrera de Letras en 1984) y, desde 1990 hasta su jubilación en 2016, como titular de la cátedra más multitudinaria de Teoría y Análisis Literario. El texto se concentra en las modulaciones de una voz que adentra a los estudiantes en la literatura –la asignatura dictada por Panesi es materia introductoria de Letras– e indaga en la condición crítica de prácticas como la *lección inaugural*; en esto, como en la elección del registro amoroso que despliega tanto en ensayos como en clases, el profesor se revela discípulo textual de un Barthes que sobrevuela sus referencias.

Pero también, como Lafforgue, Panesi se instala en la crítica periodística, la que practica en forma simultánea a su inserción académica, en la cual exhibe la voluntad de institucionalizar la literatura sin reducirla a las directivas que la oleada neoliberal de los 90 imponía en la Argentina. Las clases de Teoría y Análisis Literario, en vez de someter a la literatura al rigor que fomentaba el primer estructuralismo, le restituyen un entusiasmo que, con designación borgeana, se trueca en “fervor” compartido con el maestro Pezzoni. Autor de pocos libros en una época de proliferación, Panesi recoge ensayos de un arco temporal extenso tanto en *Críticas* (2000) como en *La seducción de los relatos* (2018), que Louis recompone en sus contextos y estudia en el marco de la condición profesoral de quien se incorporó a la universidad no como refugio sino en tanto espacio desde el cual operar transformaciones críticas.

“Susana Zanetti, lectora”, de Paula Bein, cierra el catálogo de nombres. En esta profesora de literatura latinoamericana se recogen y se potencian algunos de los rasgos que identifican a sus colegas: editora –en Eudeba y en Centro Editor de América Latina, donde dirigió la segunda serie de *Capítulo. Historia de la literatura argentina*–, formadora de generaciones de investigadores, promotora de la “religación”. En el término caro a Ángel Rama, que ella compartía y en función

del cual ponía a disposición de los alumnos los materiales (escritos y visuales) que acumulaba a su paso por América Latina, se condensan los encuentros entre colegas en congresos y reuniones donde la difusión operaba mediante el pase de mano en mano de los libros y el boca a boca de referencias y contactos, en tiempos en que Internet era una quimera y la eficiencia del correo postal un milagro.

Claro que la “religación” también opera en esos diversos soportes que Zanetti practicó con la fe de la unificadora y que Bein enumera como actividades concurrentes: “Pensó un mapa de la literatura latinoamericana proponiendo a lo largo de sus ensayos, en los prólogos a las colecciones del CEAL, en las clases, un dispositivo que permitiera pensar, construir una cartografía posible, un recorrido de relaciones, conexiones”. Extensión latinoamericana de un recorrido hasta aquí eminentemente argentino, entre las preocupaciones de Zanetti, acaso por una exigencia de la época, relumbra el canon. ¿Cómo construirlo? ¿Qué adjetivo asignarle a una América Latina que cierta crítica prefiere cerrar sobre el topónimo de arraigo tanto lingüístico como colonial “Hispanoamérica”?

Siete décadas quiso encarar y se empeñó en reconstruir este dossier, quién sabe si como mojón inicial de una hipotética historia de la crítica literaria que atenúe la superstición de lo impreso e introduzca la voz y la enseñanza entre sus fuentes. La proliferación de la anécdota en la trama del conjunto tributa a esa oralidad que conviene recuperar antes de que se desvanezca o se desvirtúe.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).

